

Fuerza y debilidades de la globalización

Entrevista a Carlos Taibo

.....
Juan Ramón Calo

 Miembro del Instituto E. Mounier. Madrid.

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus numerosas publicaciones se encuentra una reciente que recomendamos: *Cien preguntas sobre el nuevo desorden. Una mirada lúcida sobre la globalización y sus consecuencias*. Punto de lectura. Madrid, 2002. En el número anterior de *Acontecimiento* (ver núm. 63, págs. 61-64) anunciábamos la entrevista que transcribimos ahora.

Con este antecedente y después de la Cumbre Europea de Sevilla (22 de junio), era obligado tratar el tema de la globalización. Su esfuerzo reflexivo y su compromiso le convierten en una referencia para acercarnos al complejo proceso que estrecha las dimensiones del mundo y a las resistencias que suscita.

¿Se puede resistir a la globalización? ¿La podemos controlar? Hacer realidad los derechos de los más débiles exigiría una profunda revisión del modo de vida del Primer Mundo, ¿las sociedades civiles están en condiciones de contestar la globalización?

No sabemos qué es lo que va a ocurrir. Una primera hipótesis es que los propios responsables de la globalización acaban por apreciar la posibilidad muy certera de que escape a su propio control. Digamos que si la globalización implica la desaparición general de mecanismos de control, hay quien sostiene que puede convertirse en un genuino caballo desbocado que se vuelva contra los intereses de quienes hoy se benefician. Este tipo de pensamiento empieza a surgir en determinados teóricos del propio neoliberalismo que muestran preocupación ante determinados desarrollos. Una segunda posibilidad es que la globalización siga adelante, con lo

cual mi interpretación es que asistiremos a una suerte de *big bang*, de caos generalizado del que es muy difícil calibrar cuáles serán las consecuencias. Una tercera es la vinculada con el horizonte que hoy se nos antoja utópico, pero por el que hay que luchar, de que la población, las víctimas de la globalización neoliberal, tomen cartas en el asunto, se autoorganicen y empiecen a marcar de manera significativa el desarrollo de muchos acontecimientos. Yo creo que lo único que podemos afirmar a ciencia cierta es que los movimientos de resistencia global están creciendo en todo el planeta y lo están haciendo a un ritmo inesperado para la mayoría de nosotros. Eso no quiere decir que sean hoy un obstáculo objetivo en el desarrollo de la globalización neoliberal o en el de la propia hegemonía de los Estados Unidos. Pero creo que empieza a cambiar de manera saludable el panorama. Es verdad que uno de los grandes problemas que esos movimientos acabarán por encontrar antes o después es el hecho innegable, como se formula en la pregunta, de que las propuestas maestras que tienen que colocar sobre la mesa implican una contestación de determinados criterios que han marcado poderosamente el desarrollo de nuestras sociedades y el discurso de la totalidad de las fuerzas políticas. Por ejemplo, la condición venturosa del desarrollo económico y del consumo y la identificación de esos dos aspectos con el bienestar. Es evidente que hoy, imaginemos, una fuerza política que se hiciese eco del discurso de los movimientos de resistencia global tendría grandes problemas para defender en términos de mercadotecnia una propuesta que implica una reducción de nuestro nivel de vida medido en criterios convencionales, pero creo que los movimientos están creciendo porque hay una parte significativa de nuestra población que ha tomado conocimiento de que esto es así, que ya no se asusta ante esta percepción. Es-

toy hablando, naturalmente, de una percepción propia del Norte desarrollado. No podemos defender ese mismo discurso en Brasil o en la India.

Los movimientos antiglobalización ¿son sólo un movimiento reactivo? ¿Cuáles son los orígenes de los movimientos que rechazan la globalización neoliberal? ¿Qué corrientes son las más representativas? ¿Qué proponen? ¿Qué diferencias presentan?

Hay una primera discusión que tiene mucho que ver con si son o no movimientos reactivos. La expresión «movimientos antiglobalización» suscita muchas polémicas. A primera vista, el término no es muy saludable porque dibuja movimientos simplemente entregados a la crítica negativa. Y no lo es, en otra lectura posible, porque muchos de esos movimientos no rechazan en sí misma la globalización, sino que reivindican una globalización de corte distinto. Lo que ocurre, desde mi punto de vista, es que, paradójicamente, en último término la expresión «movimientos antiglobalización» puede tener utilidad. La única globalización que conocemos es la neoliberal y creo que el adjetivo se ha comido de tal manera al sustantivo que hoy la palabra globalización empieza, me atrevería a agregar, a tener una dimensión negativa a los ojos de muchas gentes. Y esto hace que, probablemente, «movimientos antiglobalización» sea una expresión adecuada para reflejar esta lectura de los hechos. Lo diré de otra manera, creo que no tenemos que aceptar sin más que la palabra «globalización», corregida en muchos de sus perfiles, tiene que ser saludable. Mi sospecha es que todas las globalizaciones exhiben rasgos negativos en la medida en que dibujan procesos planetarios que implican uniformizaciones, con elites dirigentes por detrás. Con lo cual, criticando nuevamente la globalización neoliberal, tendremos que decir que nos re-

servamos el juicio con respecto a otras globalizaciones que puedan aparecer.

¿Por qué surgen los movimientos? Creo que surgen en virtud de tres condicionamientos. El primero es obvio, dar réplica a la globalización neoliberal, a su dinámica de injusticias, de centralizaciones, de desigualdades; el segundo, remite a una realidad planetaria: la aparición de lo que se ha dado en llamar las nuevas minorías activas, capas importantes de la población que padecen directamente los efectos del endurecimiento de las condiciones laborales, del trabajo asalariado en virtud, precisamente, de una práctica claramente vinculada con la globalización. El hecho de que las ventajas comparativas hacen que la explotación se acreciente en todos los escenarios del planeta. Y el tercer y último dato, mucho más discutible, pero yo creo que obvio, es que los movimientos surgen en virtud de la necesidad de dar réplica a una crisis honda que va arrastrando el grueso de la izquierda desde mucho tiempo atrás, en la forma de partidos muy poco imaginativos, muy integrados y muy burocratizados, de sindicatos que han perdido dramáticamente la capacidad de combate, y de ONG que en muchos casos han defraudado las expectativas que hace diez o doce años sobre ellas se volcaron. Creo que esta dimensión, en último término, se expresa a través de una pregunta. Si ya tenemos partidos, sindicatos y ONG ¿por qué tenemos que crear movimientos de tipo nuevo? Porque mucha gente interpreta, aunque muchas veces no lo verbalice, que los partidos, los sindicatos y las ONG las más de las veces no dan satisfacción a las necesidades acuciantes.

En los movimientos hay corrientes extremadamente dispares. Los movimientos son un crisol donde se da cita, por decirlo así, todo el mundo de la izquierda. Yo creo que esto es un barómetro, por un lado, positivo y negativo. Nadie quiere quedarse al margen de los movimientos. Aunque el efecto



de contrapartida es que en los movimientos se reproducen muchas de las situaciones de tensión, de división y descalificación que lleva arrastrando la izquierda desde mucho tiempo atrás. Eso hace que haya movimientos radicales y moderados, jacobinos y libertarios, lo cual hace que éste sea uno de los problemas en el futuro.

Si ya tenemos partidos, sindicatos y ONG ¿por qué tenemos que crear movimientos de tipo nuevo? Porque mucha gente interpreta, aunque muchas veces no lo verbalice, que los partidos, los sindicatos y las ONG las más de las veces no dan satisfacción a las necesidades acuciantes.

¿Cómo se casa este tipo de perspectivas, por mucho que uno pueda señalar que hay cierto horizonte ideológico común? Digamos que todos estos movimientos están a favor de la cancelación de la deuda externa, de acrecentar los flujos de ayuda al desarrollo, de establecer obstáculos decisivos para las transacciones especulativas o de desplegar fórmulas imaginativas como puede ser, por ejemplo, la renta básica de ciudadanía. Lo que ocurre es

que, más allá de este acuerdo ideológico, sobre unos cuantos puntos mínimos, las divergencias, por ejemplo, en términos de percepción de lo que es el poder o de cómo debe asumirse un proceso de obtención de hegemonía, siguen siendo muy radicales.

¿Han hecho una revisión crítica de sus orígenes ideológicos?

En algunos casos creo que sí, en otros casos no. Hay segmentos de la izquierda más tradicional y más ultramontana que están en los movimientos y que parecen entender simplemente que los movimientos son una catapulta interesante para llevar sus ideas a capas de la sociedad que históricamente han permanecido ajenas. En otros casos creo que antes del surgimiento de los movimientos, y al calor de los propios movimientos, segmentos de la izquierda tradicional están realizando una revisión interesante de sus postulados. Por proponer un ejemplo inocuo, en la última de las manifestaciones en Madrid yo me encontré a un significado dirigente de Izquierda Unida que dijo algo que me pareció muy interesante: «Estoy en desacuerdo con que mi fuerza política vaya con una pancarta y en una parte segmentarizada de la manifestación. Creo que lo que tenemos que hacer es disolvernarnos en esta manifestación y aprender de mucha gente que nos está dando muchas lecciones». Eso refleja que hay en la izquierda tradicional cierto esfuerzo consecuente de revisión de su concepción del mundo y de sus prácticas.

¿Qué deficiencias teóricas y prácticas deberían corregir?

Los movimientos tienen varios problemas que resolver y todos ellos son graves. El primero es una abusiva vinculación con la contestación de las cumbres oficiales de distintos organismos. Esto ha sido muy interesante como mecanismo de estímulo para el crecimiento de los movimientos, pero

puede convertirse en una rémora en la medida en que genera una actividad frenética que rinde pocos tributos en materia de asentamiento organizativo, de campañas de sensibilización, de proyectos de futuro. En el caso concreto español la gran pregunta es: acabada la presidencia española de la Unión Europea ¿qué es lo que queda de los movimientos? Una segunda tesitura delicada es, estrechamente vinculada con la anterior, la necesidad de dotarse de mecanismos orgánicos más o menos sólidos, y de hacerlo sin reproducir la lógica burocrática que ha acabado por acosar a muchas experiencias en el pasado. Quien piense que los movimientos están libres de esos riesgos está muy equivocado. La manifestación de Barcelona y otras manifestaciones reflejan que tenemos un molino que produce energía, pero carecemos del canal que conduzca la energía a las casas y a los barrios y que permita decir que tenemos también luz. Un tercer problema consiste en delimitar la cuestión de cuál es el referente político de los movimientos. Al respecto, lo único que puedo decir es que hay, al menos, tres visiones distintas. La primera dirá: el referente político de los movimientos son las fuerzas de la izquierda de siempre, y cada cual colocará el nombre que le parezca. La segunda dirá: hay que crear fuerzas políticas de tipo nuevo que arrinconen los vicios de la izquierda tradicional y engarzan sin problemas con la filosofía de los movimientos. Y la tercera, la corriente más libertaria, sostendrá que este debate no procede, que lo que hay que hacer es engrosar los movimientos y acrecentar su dimensión de cariz antiautoritario, antijerárquico y libertario. Digo libertario, no anarquista, porque creo que lo que hay es una crítica implícita desde bases libertarias de la izquierda tradicional, que no pasa necesariamente por haber leído a Bakunin, a Kropotkin o a Malatesta. Incluso me atrevería a afirmar provocativamente que se

asienta venturosamente en no haber leído a esos autores y en acceder a una comprensión más espontánea de ese tipo de problemas. Un cuarto problema es el riesgo de supeditación de los movimientos por parte de segmentos externos, como pueden ser segmentos de la izquierda tradicional, de la internacional comunista de antes o de la socialdemocracia. Existe un riesgo grave de supeditación de los movimientos a los intereses en singular de una socialdemocracia que en Porto Alegre, a finales de enero, desembocó de manera estelar en las redes de la resistencia global y que parece entender que los movimientos crecen y que son un reclamo electoral interesante. No vaya a ser que los movimientos acaben por convertirse en una suerte de

Los movimientos... tienen que ser capaces de atraer a ciudadanos normales que muestran una sensibilidad incipiente ante las agresiones mediambientales o ante el expolio del Tercer Mundo.

guinda legitimadora de la globalización neoliberal que le otorgue determinada pátina de civilización. El último problema es el de la violencia y el de los medios de comunicación. Lo de la violencia creo que, hoy por hoy, es una cuestión menor, pero la lógica del sistema propende de manera muy inteligente a demonizar y criminalizar a los movimientos a través de su presunta vinculación con la violencia, que creo que es muy minoritaria. Y aunque no lo fuera, creo que no es éste el problema fundamental de discusión. La cuestión de los medios de comunicación es importante porque, por desgracia, los movimientos hoy no pueden llegar a la población a través de su propia actividad, sino que

necesitan de ese tipo de cauce y ésta es una cuestión muy delicada. Es depender de algo que estructuralmente se encuentra vinculado con otros intereses, aunque creo que la necesidad de tratar con los medios puede tener algún efecto saludable indirecto. Por ejemplo, genera un impulso de dotar a los movimientos de un lenguaje llano y comprensible para la mayoría de los ciudadanos y creo que esto es vital. Si los movimientos se enquistan reproduciendo el lenguaje barroco e incomprensible de la mayor parte de la izquierda que conocemos están perdidos. Tienen que ser capaces de atraer a ciudadanos normales que muestran una sensibilidad incipiente ante las agresiones mediambientales o ante el expolio del Tercer Mundo. En último término, todo lo que he dicho creo que se resume en una gran discusión. ¿Los movimientos qué tienen que hacer, luchar por engordar ellos mismos o luchar por ejercer influencia sobre otras instancias, partidos, sindicatos, Estados u organismos internacionales? Mi tesis es la primera.

¿Qué podemos esperar del movimiento obrero? ¿Qué repercusión crees que tuvo la huelga del 20-J?

Lo enlace con lo anterior. Los movimientos de resistencia global no suponen un salto en el vacío, en la medida en que buena parte de sus demandas engarzan sin problemas con demandas tradicionales del movimiento obrero que, es verdad, en virtud de su crisis han quedado hoy circunscritas a los sectores más lúcidos. Los movimientos hablan de explotación, de exclusión y de feminización de la pobreza, que creo que son conceptos que ha manejado de siempre el grueso del movimiento obrero. Antes me refería, sin embargo, a cómo en la dinámica de los movimientos hay una crítica, a menudo expresa, de los sindicatos, de su burocratización y de la pérdida de su capacidad combativa. Y



no retiro ese argumento, creo que no hay que esperar demasiado de los sindicatos oficiales, de fuerzas que dependen en demasía de los presupuestos del Estado, y que han perdido dramáticamente capacidad de combate. Esto lo engarzo con la segunda parte de la pregunta. Creo que si una huelga general, que no implica ningún cambio estructural en la lógica del sistema, sino que es un gesto simbólico, ha reclamado de tantos esfuerzos y de tantas reyertas internas dentro de los sindicatos, la conclusión está servida: a duras penas podemos esperar que el grueso de lo que hoy son los sindicatos mayoritarios se convierta en el núcleo fundamental de innovación en sentido emancipatorio, con lo cual hay que esperar que el desarrollo de los movimientos de resistencia global lleve aparejado un crecimiento notable del sindicalismo alternativo, que retoma muchos de los principios que los sindicatos oficiales han ido abandonando.

Introduces el último capítulo de tu libro Cien preguntas sobre el nuevo desorden. Una mirada lúcida sobre la globalización y sus consecuencias (Punto de lectura. Madrid 2002) con una cita de Jonathan Swift: «Intenté levantarme, pero no pude, porque,

¿Los movimientos qué tienen que hacer, luchar por engordar ellos mismos o luchar por ejercer influencia sobre otras instancias, partidos, sindicatos, Estados u organismos internacionales? Mi tesis es la primera.

tendido de espaldas como me hallaba, encontré mis brazos y piernas fuertemente atados por ambos lados al suelo, y mi cabello, que era largo y abundante, sujeto del mismo modo. Asimismo, noté muchas finísimas ligaduras alrededor de mi torso, de los muslos a los sobacos. No me cabía sino mirar al cielo. El sol calentaba ya y su luz me ofuscaba la vista». Es verdad que el escenario es inquietante, pero el contenido del capítulo no expresa desesperanza. ¿Otro mundo es posible? ¿Qué condiciones son imprescindibles para que pueda darse y cuáles son los caminos para alcanzarlas?

La cita es la de los liliputienses que con su pequeño tamaño van, sin embargo, aislando al gigante y acaban por cortocircuitar su funcionamiento. La cita es optimista: no somos nosotros los que estamos atados por esas ligaduras, sino el gigante. Eso tiene mucho que ver con la percepción que tiene uno de los movimientos de resistencia en Italia, el movimiento Lilliput, que toma la imagen esta de los enanitos de Swift como gentes muy modestas consideradas uno a uno por separado, pero que en virtud de su red empiezan a generar problemas muy graves de funcionamiento al gigante que se despierta por la mañana anodado y que no se puede mover. Entonces, sí es posible un discurso distinto y una práctica diferente. Antes he mencionado muchos problemas que hay en el horizonte, y no deseo ocultarlos. ¿De qué depende que ese

discurso y los movimientos correspondientes ganen terreno? Depende, en primer lugar, de su lucidez y de su capacidad de tolerancia. Si los movimientos son sectarios, en su interior y en su exterior, difícilmente van a crecer. Depende del comportamiento de la izquierda tradicional. Si asume con generosidad lo que los movimientos son y percibe, con capacidad de auto-crítica, las demandas que llegan de los movimientos. Depende del funcionamiento de los aparatos represivos de los Estados. Si asumen una lógica de clara confrontación o no la asumen, sin que sea muy sencillo determinar cuáles son las consecuencias, para los movimientos, de esa lógica: puede beneficiarlos, puede perjudicarlos. Hay muchas incógnitas de por medio, pero yo vuelvo a algo que dije antes: algo está cambiando, esta percepción creo que la tenemos todos. Sin que esto lleve a un optimismo desmesurado que invite a afirmar sin más que otro mundo es posible y que lo vamos a hacer, creo que hay un cambio. Las 400.000 personas en Barcelona, ¡eso no se explica de la nada! Tanto más cuanto que la semana anterior fue una semana de amedrentamiento claro sobre la ciudadanía. Esto quiere decir que algo está cambiando, y que no debemos dejar pasar esta oportunidad.